

# BALANZA DE SOMBRAS

ANTONIO DELTORO



En las mañanas me basta ser como le basta a todo  
ser

el ser en esa luz: los pájaros son pájaros  
y nada más; las muchachas, muchachas  
y hasta a los viejos les sienta bien  
ser viejos y quedarse sentados.  
Pero viene la tarde a cerrar las cancelas  
y a decirnos que tenemos que salir,  
y a las mismas cosas no les basta ser nada más,  
y a las muchachas se les mete la luz envejecida,  
y sobre los viejos caen todas las tardes de su edad  
y todas las tardes de asfalto de este valle;  
y yo tengo que volver a empezar, reconstruirme,  
porque en este valle cada día más seco,  
cada tarde más triste,  
las montañas me hunden con el sol vespertino  
y en los minutos enmascarados  
de antes del crepúsculo,  
tierra de nadie de cada día,  
se abre un abismo que amenaza tragarme.

Las sombras de la mañana y la tarde  
me prometen dos mundos:  
uno provisional, el otro definitivo;  
hablan dos lenguajes: uno refulgente  
el otro ominoso y estancado;  
caminan una hacia la luz,  
otra hacia la penumbra  
de la que hasta ahora  
me ha salvado la noche.

A ambos lados de las doce,  
del punto cero de las sombras,  
las sombras equidistantes y enemigas  
de la mañana y la tarde,  
simétricas como la cosa y su imagen,

distintas y gemelas,  
una al poniente del objeto,  
otra al oriente,  
la una fresca, la otra tocada por la muerte,  
dibujan los dos brazos  
de una balanza de sombras.

Urbanos, terminales, doloridos,  
los diferentes soles de la tarde  
parecen estar más en mí que en el cielo,  
me duelen y me envejecen,  
se meten en todos mis rincones  
y me llenan de tiempo;  
los miro cada vez más rasantes y más próximos  
en las azoteas, en las calles, entre los edificios;  
me punzan como un recordatorio de lo que vendrá.

Las cosas, las mismas cosas, a diferentes horas,  
habitan diferentes playas:  
las sombras son las playas de las cosas;  
las sombras de la mañana  
son playas tropicales de arena finísima;  
las de la tarde son playas melancólicas.  
Las de la tarde  
se extienden añorantes  
donde el sol ya pasó;  
las de la mañana,  
adelantadas del sol,  
hacia la tarde.

Los diferentes soles de la tarde  
parecen dirigidos a mí y a mis cosas;  
ahora los puedo mirar sin levantar la vista,  
más creadores de sangre y sombras  
que de sol y de luz. ✍